

ciso para el desembarque de mi equipaje y de vuestro dinero. El dador lleva una sarta de hermosísimas perlas y pendientes para que mi sobrina (á quien deseo mucho conocer) lo estrene el día de mi llegada.

A Dios, queridos hermanos: no descansa hasta verse en vuestros brazos vuestro.—Blas Mingorría.

A mis amados hermanos doña Rufina, marquesa viuda de Calasparra, y don Alberto, comisario ordenador. (*Acaba de leer la carta y dice entre sí:*)

¡Por las ánimas que es la carta cosa excelente, y que va á hallarse esta gente dentro del cielo de piés! Se ofrece gran interés en prestarles, pues es llano que, aunque les cargue la mano, ellos por salir de apuro soltarán diez por un duro á costa del necio indiano.

(*Vuelve á mirar la carta y lee:*)

Veinticuatro de febrero... trescientos mil pesos. . . pues cuanto tengo, lo repartiré con vosotros á mi llegada... hecho testamento... sarta de hermosísimas perlas... ¡hermosísimas perlas!

(*Queda suspenso.*)

D. ALBERTO. (*Aparte á doña Rufina y don Miguel.*)

¡Digo si la carta vale!

D.^a RUFINA. Mirad cómo se recrea.

D. MIGUEL. La codicia lo espolea y el gozo al rostro le sale.

D. SIMEON. (*Como hablando entre sí.*)

Mas vamos con pié de plomo, que al fin esto es una carta.

Diera algo sobre la sarta de perlas, que prendas tomo;

mas sobre este papel, ¿cómo doy ni un polvo de tabaco?...

No, que el mundo es muy bellaco, no cuantos ofrecen dan;

y, como dice el refran, la codicia rompe el saco.

D.^a RUFINA. Pues, señor don Simeon, la carta ¿qué le parece?

D. ALBERTO. Seguridades ofrece aun para más de un millon.

D. SIMEON. (*Devolviendo la carta á don Alberto.*)

De tener tan buen hermano doy la enhorabuena á usías.

No se halla todos los días sujeto tan buen cristiano,

y tan generoso y tan...

D.^a RUFINA. (*Con viveza.*)

¿Con que ya contar podemos?...

D. SIMEON. Aun mucho que hablar tenemos.

¿Dónde las prendas están?

D.^a RUFINA. La carta es sobrada prenda, pues por dos días ó tres tan sólo el préstamo es, y de mi hermano la hacienda garantiza...

D. SIMEON. Aun está léjos, hay muchas leguas de mar, y el echarse á navegar no es ir á cazar conejos.

D. ALBERTO. Mas no es de temer...

D. SIMEON. Señores, al que su dinero afloja, cualquier sombra le acongoja, todo es sustos y temores. Si esas tan hermosas perlas que envió el señor don Blas se me entregaran, quizás... Y aun ántes reconocerlas conviene.

D.^a RUFINA. Don Simeon, ¿un hombre de su buen seso se arroja á pretender eso?...

D. SIMEON. ¿No está muy puesto en razon?

D. ALBERTO. ¿No advierte usted que previene nuestro hermano en esta carta que la niña la tal sarta para recibirle estrene?

D. MIGUEL. ¿Qué dijera si empeñada la encontrase?

D.^a RUFINA. Lo tendria por un desaire y sería...

D. SIMEON. Pues si no hay prenda, no hay nada.

Mas de plata una salvilla hace poco que oí nombrar...

D.^a RUFINA. ¿Y hemos de descabalar, don Simeon, la vajilla?

D. SIMEON. ¿Descabalar?... ¡Buena es esa! toda la he de recibir.

D.^a RUFINA. ¿Y con qué hemos de servir á nuestro hermano la mesa?

D. SIMEON. Pues si no hay prenda...

ESCENA XX

LOS MISMOS. PASCUAL

D. ALBERTO. ¡Oh Pascual!

PASCUAL. ¡Maldito el correo amén, y maldito sea quien atraviesa aquel portal!... Que con tantos empujones vengo medio sofocado...

D.^a RUFINA. ¿Y nos traes cartas, pesado?

PASCUAL. ¿Qué confusion! ¡Qué encontrones! Se me descalzó un zapato,

me han desgarrado la capa, y por poco no me atrapa un pillo el reló... ¡Qué rato!

D. ALBERTO. ¿Hay carta?

PASCUAL. No hay quien resista, ni hay paciencia de aguantar y en tal bullicio esperar hasta que ponen la lista.

D.^a RUFINA. ¿Traes cartas?

PASCUAL. El carro llega, y allá se entra el conductor con el administrador, y las balijas le entrega. Ciérrase la ventanilla, acude gente y más gente, primero del Asistente...

D. MIGUEL. ¿Hay mayor plomo en Sevilla?

D.^a RUFINA. (*Con gran impaciencia.*) ¿Y las cartas?

PASCUAL. Como digo, al Asistente primero, á la Audiencia...

D. ALBERTO. ¡Majadero!

D. SIMEON. Pachorra gasta el amigo.

PASCUAL. Despues al Gobernador, y despues el apartado, y el público fastidiado...

D. ALBERTO. Pero ¿hay cartas, hablador?

PASCUAL. La lista por fin parece, y en cuanto la cuelgan, todos se abalanzan de mil modos, y el que atrás queda perece. Yo como no sé leer tengo que buscar alguno que me lea uno por uno los nombres;—¡cómo ha de ser! Abren despues la ventana, mas los números estar suelen trocados.

D. SIMEON. De hablar no deja en una semana.

D.^a RUFINA. ¡Maldito!... ¿y las cartas?... Dí.

PASCUAL. A eso voy. No soy costal.

D.^a RUFINA. (*Furiosa.*)

Pero ¿hay cartas, animal?...

Pero ¿hay cartas?

PASCUAL. Creo que sí.

Una... (*Se registra los bolsillos de la chaqueta.*)

En esta faltriquera...

no; en estotra la guardé.

D. ALBERTO. ¿La habrás perdido?

PASCUAL. No sé.

D.^a RUFINA. ¡Gran bribon!

PASCUAL. Tenga espera.

D.^a RUFINA. (*Arrojándose á Pascual.*)

Dámela al punto, sino...

PASCUAL. (*Saca la carta.*)

Tomad.

D.^a RUFINA. (*Abre la carta y la mira.*)

¡Ay! de nuestro hermano.

D. SIMEON. (*Aparte.*)

¿Si habrá llegado el indiano?

D.^a RUFINA. ¡Gracias á Dios! ya llegó.

D. ALBERTO. ¿La fecha es de Cádiz?

D.^a RUFINA. (*Sigue leyendo para sí.*) Sí.

D. MIGUEL. ¿Llegó en salvo?

D.^a RUFINA. Bueno está, y aquí hoy mismo llegará.

D. ALBERTO. Léase en alto.

D. RUFINA. Dice así. (*Lee.*)

Amados hermanos míos, ántes de ayer llegué bueno, gracias á Dios, á este puerto de Cádiz; y no puedo dejar de avisároslo, porque conozco el cuidado con que estareis, aunque tal vez ántes que esta carta, ó al mismo tiempo, llegaré yo á esa ciudad, pues no descanso hasta veros y abrazaros. Vuestro tierno hermano Blas—etc.

D. ALBERTO. (*Con gran júbilo.*)

Somos felices, Miguel.

Se acabaron los apuros.

D. SIMEON. ¿Y los trescientos mil duros habrán llegado con él?

D. MIGUEL. ¿Quién lo duda?

D.^a RUFINA. Me parece

que el señor don Simeon conocerá que es razon recibirle cual merece.

Y que de esta carta en vista no tendrá dificultad en darnos la cantidad...

D. SIMEON. La carta... á ver.

(*Le dan la carta, y dice aparte.*)

¡Dios me asista.)

(*Lee para sí, y despues hablando entre sí dice:*)

En fin me voy á arrojar, aunque no es mucha cordura, pero quien no se aventura dicen que no pasa el mar. Los seis mil... Es mucho dar. Tres mil sólo darles puedo, pues que me ha quitado el miedo ver que el indiano está vivo; y como yo haré el recibo, sabré bien atar mi dedo.

(*Devuelve la carta á doña Rufina.*)

Veo la necesidad, y por complacer á usías podré por dos ó tres días dar alguna cantidad.

D.^a RUFINA. Con cien doblones bastante...

D. SIMEON. ¡Cien doblones! ¡Oh!...

D.ª RUFINA. De modo...

D. SIMEON. Si se exprime el mundo todo no da suma semejante.
(Señalando al bolsillo.)
Aquí hay cincuenta doblones, que no son míos...

D. MIGUEL. ¿De quién?

D. SIMEON. De un hombre honrado y de bien que me sirve en ocasiones; mas no de balde, en verdad.

D. ALBERTO. Tres mil reales son tan poco...

D. SIMEON. Señor... ¿está usía loco?... Son muy noble cantidad. Si acomoda, la daré, que no me es posible más.

D.ª RUFINA. Venga, aunque es poco. Quizás...

D. SIMEON. Antes el recibo haré.

D. ALBERTO. (Llevando á don Simeon á una mesa.)
Aquí hay papel y tintero.

D. SIMEON. (Reconociendo la silla que está inmediata.)
¿Y esta silla?

D. MIGUEL. No hay temor.

D. SIMEON. (Se sienta, y al tomar la pluma, exclama.)
Cristo del mayor dolor, Recomiéndooms mi dinero.
(Se pone á escribir.)

D.ª RUFINA. ¡Qué vejete tan ruin!

D. MIGUEL. ¡Y lo que sabe!

D. ALBERTO. Es gran trucha.

D. MIGUEL. Sea su ciencia poca ó mucha, dinero aflojó por fin. Mas callad, no entienda...

D.ª RUFINA. (Alto.) Estamos con tanta flema y quizás ya estará en Sevilla Blas. ¿Qué providencias tomamos?...

D. MIGUEL. Hoy el barco del vapor debe llegar á las tres, y que en él se venga es muy factible.

D. ALBERTO. No señor. Vendrá en posta.

D.ª RUFINA. Yo imagino que en un coche, y que cargados dos carros traerá, y soldados de escolta para el camino.

D. ALBERTO. No, que vendrá á la ligera, dejándose en Cádiz todo.

D.ª RUFINA. Venga de uno ó de otro modo, por instantes se le espera, y hay mucho que prevenir.

D. ALBERTO. ¿Qué hora es?

PASCUAL. Las once han dado.

D.ª RUFINA. Lo que yo tengo buscado ya no tardará en venir. Tú, Pascual, vete á esperar la llegada del vapor, y si viene allí el señor...

PASCUAL. No se me ha de despintar, y aunque ha tanto tiempo que no lo veo...

D.ª RUFINA. Pues bien, vé, y cuidado.

PASCUAL. No hay que hablar.

D. ALBERTO. (A Pascual.)
Dime, ¿y álguien se hallará que á la puerta de Carmona vaya?

PASCUAL. Buscaré persona que de ello se encargará.

D. ALBERTO. Sí, porque si en posta viene...

PASCUAL. Pues voime á ver...

D.ª RUFINA. Bien. Cuidado que no me seas pesado.

PASCUAL. Nada que decirme tiene.
(Empieza á irse.)

D.ª RUFINA. Que la charla sempiterna no te haga el tiempo perder.

PASCUAL. (Yéndose.)
¿Pues soy yo acaso mujer?

D.ª RUFINA. No te entres en la taberna.

ESCENA XXI

LOS MISMOS, ménos PASCUAL

D. SIMEON. (Levantándose de la mesa con el recibo.)
Pues, señores, el recibo extendí como conviene. Entérense de él usías y despues firmarlo pueden.

D. ALBERTO. (Toma el recibo y lee.)
Jesus, María y José.—Los que abajo firmamos hemos recibido de don Simeon Algarripacoechea y Bajols la cantidad de seis mil reales de vellon que nos ha prestado por hacernos merced, y la cual le devolveremos en metálico sonante con exclusion de todo papel en el momento que la reclame presentándonos este nuestro recibo, á cuyo pago comprometemos todos nuestros bienes muebles é inmuebles habidos y por haber, siendo este documento suficiente para en su vista proceder judicialmente á apremios, ejecuciones y embargos, renunciando nosotros como renunciarnos en todo caso las leyes y privilegios que pudieran favorecernos.—Sevilla, etc.

D.ª RUFINA. ¡Hola!... ¿con que cien doblones prestarnos al fin resuelve?

D. SIMEON. ¿Quién se lo ha dicho, señora?

¿Por loco usía me tiene?

D.ª RUFINA. Como es de seis mil reales el recibo...

D. SIMEON. ¿Pues no advierte que en él están incluidos el capital é intereses? Yo doy los tres mil reales, y seis mil usías me vuelven.

D. ALBERTO. ¡Don Simeon!... ¿y la conciencia?

D. SIMEON. Pues qué, ¿de balde lo quieren? Dan por prendas esperanzas, ¡y aun á quejarse se atreven!

D. MIGUEL. Mas... ¡señor!... ¡ciento por ciento!

D. SIMEON. ¿Les ruego yo que lo acepten? Yo tengo temor de Dios, y si esto justo no fuese me guardaria muy bien...

D.ª RUFINA. Pero como es solamente por tres ó por cuatro dias el préstamo...

D. SIMEON. (Quiere recoger el papel.)
Bien; pues quede sin hacerse este negocio.

D.ª RUFINA. De modo... que...

D. SIMEON. ¿Se resuelven?...

El gran apuro en que están preciso es que usías piensen, que no me dan prenda alguna, que su precio tambien tiene el susto de mi caída, y...

D.ª RUFINA. Alberto, si te parece firmaremos el recibo, porque al fin la urgencia crece y es preciso...

D. ALBERTO. Bien, firmemos, pues tales riquezas vienen que lo recompensan todo. (Firman.) (A don Miguel.)

D. SIMEON. Ahora falta solamente que usted, señor capitán, responsable al pago quede con sus sueldos.

D. MIGUEL. ¿Yo?

D. SIMEON. Sin duda, pues por su medio la suerte de servir á estos señores se me proporciona... Y siempre los sueldos son garantía; porque el gobernador puede de las tres partes las dos mandar que se le descuenten para el pago de acreedores, y...

D. MIGUEL. Mas yo...

D.ª RUFINA. Miguel, advierte

que por tí no es regular que así el negocio se deje.

D. MIGUEL. Pero, señores... mis sueldos... ¡Pues como andan tan corrientes!... En fin...
(Toma el recibo, y dice á don Simeon.)
¿No es más que firmar?...

D. SIMEON. Escriba ántes lo siguiente.
(Escribe don Miguel.)
Yo aseguro el pago de la expresada cantidad con mis sueldos devengados ó corrientes, para lo cual en caso necesario se me descontarán las dos terceras partes de mi haber mensual. Fecha y firma.
(Acaba don Miguel de escribir, y da el recibo á don Simeon.)

D. MIGUEL. Pues, señores, está hecho.

D. SIMEON. Y yo doy gracias solemnes al Señor de tierra y cielo de haber con mis cortos bienes servido á tales señores, á cuyo servicio siempre me hallarán como un esclavo. Y Dios con usías quede.
(Guarda el recibo, hace una profunda reverencia y se va á marchar.)

D.ª RUFINA. ¿Qué así se va?... ¿Y el dinero?...

D. ALBERTO. ¡Don Simeon!

D. SIMEON. (Desde la puerta.)
¿Qué se ofrece?

D. ALBERTO. ¿Y el dinero?

D. SIMEON. ¡Oh Virgen Santa! Tantos negocios me tienen trastornada la cabeza.
(Saca un bolsillo.)
Aquí está... ¡Jesus mil veces!
(Vacía el bolsillo sobre la mesa y empieza á contar.)
Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y cinco diez, y diez veinte. Y diez...

D. ALBERTO. (Que está recontando el dinero.)
Sólo diez y ocho hay aquí.

D. SIMEON. ¿Cómo?... á ver... Puede... Alguna equivocacion... Repásenlo atentamente, que nada quiero de nadie, porque hay juicio, infierno y muerte.
(Sigue contando.)
Sesenta... ciento... y cincuenta... Completos los tres mil tienen.
(Despues de asegurarse.)
Sí señor, están completos.

D. SIMEON. Pues si otra cosa no quieren, con el permiso de usías

me retiro. Con Dios queden. *(Vase.)*
 D. ALBERTO. ¡Qué ladrón!
 D. MIGUEL. ¿No os lo previne?
 D.ª RUFINA. ¡Maldito sea el vejete!

ESCENA XXII

LOS MISMOS, *ménos* DON SIMEON

D.ª RUFINA. *(Acercándose á la mesa donde está el dinero.)*
 Pues, señores, lo primero no dormiros en las pajas.
 D. ALBERTO. Bien, capirotos y rajás hagamos de este dinero.
 D.ª RUFINA. Tú, Alberto, ¿qué necesitas para sacar tu uniforme?
 D. ALBERTO. Veinte duros.
 D.ª RUFINA. ¡Suma enorme!
 ¿Y las libreas malditas?
 D. ALBERTO. Con treinta se sacarán. Para el casero, es también preciso...
 D.ª RUFINA. En un santiamén estos tres mil volarán. Toma lo que quieras, pues, y en la fonda una comida con todo primor servida encarga para las tres.
 D. ALBERTO. ¿Qué?... ¿Hemos de comer allí?
 D.ª RUFINA. ¡Qué necedad! No por cierto, que la dispongan, Alberto, para despues traerla aquí.
 D. ALBERTO. Pues no hay tiempo que perder, tomo el dinero, y me voy. *(Toma el dinero.)*
 D.ª RUFINA. Mira que esperando estoy. Los mozos puedes traer.
 D. ALBERTO. ¿Qué mozos?
 D.ª RUFINA. Aquellos dos que se pondrán las libreas.
 D. ALBERTO. Lo haré todo cual deseas. *(Vase por la derecha.)*
 D.ª RUFINA. ¡Que no te tardes, por Dios!

ESCENA XXIII

D.ª RUFINA. D. MIGUEL

D.ª RUFINA. Miguelito, ¿qué me dices?
 Viento en popa todo va. Nuestro amor se logrará. Pronto seremos felices. Mañana mismo prometo las diligencias hacer...
 D. MIGUEL. Pero ya sabes, mujer, lo que te importa el secreto. Digo; á tí... Por mí... ya ves... aunque sin la real licencia... Es de entrambos conveniencia.
 D.ª RUFINA. Preciso el secreto es. Mañana, sí... Loca estoy: no sabes lo que en mí pasa. *(Le echa una mirada muy tierna.)*
 A arreglar toda la casa, que urgen los momentos, voy. *(Recoge el dinero.)*
 A Dios, Miguel.
 D. MIGUEL. ¿Y es razon que nada haya para mí?
 D.ª RUFINA. ¿También quieres?...
 D. MIGUEL. Prima, sí. Yo traje á don Simeon.
 D.ª RUFINA. Es verdad... pero... ¡Miguel!
 D. MIGUEL. Para salir de un empeño.
 D.ª RUFINA. Sí, para que el extremeño se regocije con él.
 D. MIGUEL. Ya no temo á ese bribon. Veinte duros me has de dar, pues que hoy me he de desquitar me anuncia mi corazón.
 D.ª RUFINA. *(Dándole el dinero.)*
 Toma... Mira lo que queda.
 D. MIGUEL. No te aflija cosa alguna, que hoy nos sube la fortuna á la cumbre de su rueda. *(Vase don Miguel por la derecha y doña Rufina por la izquierda.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

D.ª RUFINA. ANA, *con un plumero en la mano limpiándolo todo*

D.ª RUFINA. ¿Está todo colocado?...
 ¿Las cortinas están ya?...
 ANA. Sí señora, todo está muy limpio y muy arreglado.
 D.ª RUFINA. A la señorita llama. ¿Qué hace ahora?
 ANA. Yo no sé. En la alcoba pienso que estará haciendo la cama.
 D.ª RUFINA. Que venga aquí.
 ANA. *(Corriendo á la izquierda.)* Señorita.
 D.ª PAQUITA. *(Dentro.)*
 Ya voy... ¿qué se ofrece?
 D.ª RUFINA. Ana,
 ¿pusiste la palancana?
 ANA. Todo está listo.
 D.ª RUFINA. *(En voz alta.)* ¡Paquita!
 D.ª PAQUITA. *(Dentro.)*
 ¡Mamá!
 D.ª RUFINA. Ven pronto, mujer.

ESCENA II

DICHAS. D.ª PAQUITA

D.ª PAQUITA. ¿Qué manda usted?
 D.ª RUFINA. ¿Así estás?
 ¿Por qué á vestirme no vas?
 D.ª PAQUITA. Como aun hay tanto que hacer...
 D.ª RUFINA. Ponte el vestido mejor y no olvides el collar.
 D.ª PAQUITA. ¿Cómo se me ha de olvidar?
 D.ª RUFINA. Anda, vete al tocador.

ESCENA III

D.ª RUFINA. ANA

D.ª RUFINA. ¡Jesus, cuánto tarda Alberto!
 ¿La plata no la han traído?...
 ANA. No señora.

D. RUFINA. ¿Ni han venido los lacayos?

ANA. No por cierto.
 D.ª RUFINA. A la puerta están llamando... El repostero será... Corre á verlo.

ANA. Voy allá.
 D.ª RUFINA. Pues ¿qué aguardas?
 ANA. *(Suelta el plumero.)* Voy volando. *(Vase.)*

ESCENA IV

D.ª RUFINA, *sola*

Vaya... parece un sueño. ¡Qué alegría!
 ¿Quién tal fortuna ha un mes pensar pudiera?
 ¡Trescientos mil!... ¡Pues es una friolera!
 De que todas me envidien llegó el día.
 ¿Y aquel vil tenderillo pretendia conmigo emparentar?... ¡Lindo estuviera!
 Marcho al punto á Madrid, y la primera figura voy á hacer, por vida mia.
 Comprará luégo un título mi hermano, pretenderá el toison, un regimiento para Miguel... Y yo... la banda; es llano.
 Un duque ó un príncipe al momento de mi Paquita pedirá la mano.
 No sé cómo de gozo no reviento.

ESCENA V

D.ª RUFINA. ANA. DOS MANDADEROS, *cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta; en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y mantelería.*

ANA. Señora, ya están aquí los mozos del repostero.
 D.ª RUFINA. Bien; mas veamos primero si viene lo que pedí. *(Reconoce una batea.)*
 ANA. ¡Ay qué plata tan hermosa! Si fuera nuestra... ¡Ojalá!
 D.ª RUFINA. Pronto tu ama la tendrá de más peso y más costosa. Platos de oro he de tener